

# LAS PALABRAS Y LA VIDA\*

---

Gonzalo Portocarrero Maisch

*«Se arremolinaron de repente las  
palabras para formar un bloque  
compacto e indisoluble  
al cual no quedaba sino someterse»*

*E. A. Westphalen*

QUISIERA EMPEZAR mi intervención agradeciendo al Ing. Remy, director del Museo de la Nación, por su cálida acogida, y a mis amigos: Nelson Manrique, César Rodríguez Rabanal y Maruja Barrig por el esfuerzo y entusiasmo, por el cariño, en la presentación de mi *Racismo y mestizaje*.

Quizá pueda parecer sorprendente pero hace algunos días me sentía lleno de dudas: ¿debería festejar acaso la publicación del libro? ¿tenía derecho a sentirme contento? ¿no estarían ya cuestionadas muchas de sus páginas? Pero, en medio de la confusión, sin saber por qué, se fue despuntando en mí un ánimo celebratorio. Y desde hace dos días, finalmente, estoy poseído por un sentimiento de satisfacción y hasta de complacencia; hecho que me sorprende puesto que me resulta muy poco familiar.

Creo que lo que autoriza mi alegría, lo que llevó mi ánimo a tan buen puerto, es haberme dado cuenta de que por encima del valor del libro, lo que celebro es el

\* Versión transcrita y corregida de la intervención de Gonzalo Portocarrero en la presentación del libro *Racismo y mestizaje*, editado por SUR Casa de Estudios del Socialismo, Lima, 1993.

esfuerzo que me costó escribirlo. Creo que estos ensayos tienen errores y que encierran contradicciones. Son además muy controvertibles. Pero en cualquier caso representan la dedicación de muchos años. Los escribí porque quise, y en cada uno de ellos, dí todo lo que pude. Ya el tiempo y la crítica, o de repente el piadoso olvido, se encargarán de señalar el valor que puedan tener. Mientras tanto creo sentirme con derecho a estar contento.

Me gustaría referirme ahora al origen de estos ensayos. Para decirlo en breve: ellos representan el intento de razonar una perplejidad que se me instaló durante la niñez, cuando me di cuenta de que en mi entorno había un divorcio entre las ideas y la vida. Encontraba que la gente tenía imágenes de mí que yo no podía asumir. Oscuramente, sentía que esas imágenes -gonzalito triunfador, gonzalito comerciante exitoso- no correspondían a mi realidad. Pero el divorcio iba más allá: tenía vivencias que no podía expresar con espontaneidad. El amor por Clementina, la sirvienta, por ejemplo. La misma perplejidad reaparecía cuando escuchaba a mis profesores hablar sobre la igualdad de todos los peruanos. O a los sacerdotes decir que deberíamos amar a un Dios que de otra manera nos perseguiría para castigarnos. Me sentía confundido, algo andaba mal. Por lo pronto no negué mis vivencias, aunque tampoco descarté las ideas que recibía. Simplemente me quedé como atónito, incrédulo. Desde entonces

me ha resultado casi imposible creer en algo. Quedé condenado a la timidez y a la soledad. En mi retraimiento angustioso decidí, quizá con soberbia, no hacer caso de las ideas que yo no pudiera constatar. A medida que perdía certezas, o no ganaba seguridades, mi mundo interior me fue absorbiendo. Revelarme se me hacía imposible. Primero era necesario comprenderme. Mi única salvación era tratar de restaurar el vínculo entre las palabras y las vivencias. Razonar esta relación, referirlas mutuamente. Desechar lo inauténtico, acercarme a mis sentimientos, escuchar sus palpitaciones, hacerlos hablar, controlar mi miedo. Decidí no detenerme ante los tabúes, seguir preguntando.

Todo esto es muy íntimo, pero no creo que sea algo personal. En realidad quiero hacer transparentes ciertos aspectos de mi vida porque considero que en ellos se patentizan hechos típicos, problemas de muy larga data. Ellos tienen que ver, espero demostrarlo, con el carácter colonial de nuestra sociedad, con lo débil que es entre nosotros el sentimiento de igualdad, con la ausencia de una reconciliación profunda entre todos los peruanos. Digamos que mi proyecto -no sepultar mis vivencias, razonar tratando de superar el temor- se situó a contrapelo de la cultura de mi medio. De ciertas ideologías que sin anular nuestras vivencias impiden que las experimentemos a plenitud. El resultado suele ser una tendencia a la disociación: la realidad vivida es negada en nombre de ideas que no llegamos a sentir. Es decir, se pretende hacemos creer lo que no llegamos a experimentar. Como todo esto puede sonar terriblemente abstracto mejor regreso a las experiencias vitales que fundamentan estas reflexiones. Me refiero, en concreto, a la coexistencia del abuso y de las ideas de igualdad. El desconocimiento del otro y los sentimientos de superioridad e inferioridad son los hechos reales. Pero en las ideas se proclama la igualdad, que todos somos peruanos. ¿Cómo es posible entonces autenticidad en la relación entre las palabras y la vida? Las palabras no penetran en la vida, la vida no se expresa en las palabras. Creo que una anécdota ilustrará lo que quiero decir.

Estudí en La Recoleta, un colegio de clase media que pretendía -y aún pretende- dar una formación católica liberal, de compromiso con el país. Tenía 9 años y estaba en cuarto de primaria. Era la lección de historia del Perú. El profesor nos contaba con orgullo que Ramón Castilla había abolido la esclavitud, que todos los peruanos somos iguales. El hecho es que la lección nos supo muy mal. Llegado el recreo nos dirigimos en mancha donde el negro Salas, lo empujamos, lo hicimos caer, lo pateamos en el suelo. El negro era amigo de todos, pero sucede que se convirtió en chivo expiatorio. La exposición nos había perturbado. Imagino que ella representaba un ataque a

nuestra identidad de niños (supuestamente) blancos y bonitos, llamados a ser más que el resto. La pateadura que le dimos era la forma de reasegurarnos en esa identidad. El profesor podía decir lo que quisiera pero ello no anulaba lo que todos sabíamos: éramos especiales, no queríamos ser confundidos, no nos gustaba eso de ser iguales. Pero el episodio no terminó allí. Enterados los sacerdotes de lo acontecido nos convocaron al aula. En medio del silencio flotaba un ambiente de culpabilidad. Fuimos increpados: malos amigos, poco solidarios. Sentimos vergüenza. Habíamos sido injustos y malos. Pero la verdad es que no cambiamos, sólo ocultamos un poco más nuestro racismo. Hechos como este me resultaron muy cuestionantes.

El desencuentro entre las palabras y la vida, la falta de autenticidad de nuestra vida social tiene raíces muy profundas. Una de ellas llega hasta las características del colonialismo español; a la vez intolerante y misionero. Aquí, en América y el Perú, se pretendió una transformación radical de las sociedades invadidas y conquistadas. El programa era transformar a los indígenas en vasallos y cristianos, haciendo tabla rasa de su cultura, extirpando su religión; creando finalmente la «república de los indios». Separados de españoles y criollos, los indios deberían tributar al rey y ser adoctrinados por la iglesia. La política de los romanos en Judea, o de los ingleses en la India no fue así de intolerante y sectaria. Angel Rama ha llamado la atención sobre este hecho. En un aspecto decisivo, sostiene este autor, el programa colonial fue moderno. En efecto, estaba basado en un proyecto, suponía el intento deliberado de construir, desde sus fundamentos, un orden social. El germen de este proyecto era la ciudad. A diferencia de las ciudades europeas que crecieron espontáneamente, aquí ellas fueron creadas desde el poder, «Las regirá una razón ordenadora que se revela en un orden social jerárquico traspuesto a un orden distributivo geométrico»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Angel Rama *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hannover, 1984, p. 4.

Desde siempre la práctica colonial desbordó los esquemas por los que debió transcurrir. El abuso se institucionalizó, y como fue tolerado, la dominación sobre el indio casi no tuvo límites. Además, resultado de la violencia, nacieron los mestizos. Su proliferación desvirtuaba el esquema de una sociedad basada en el principio de «vivir separados». El programa colonial tenía demasiadas lagunas. También porque los indios se resistieron. No fueron la materia maleable con la que curas y funcionarios soñaban. Más que abierta y desafiante su oposición fue pasiva y soterrada. «Los indios se simulan cristianos. Existe un mundo diferente y subterráneo. Las apariencias no corresponden a la realidad»<sup>2</sup>. «Unos entre otros no se llaman ni se entienden por los nombres de los sanctos que les pusieron en la pila sino por los de su jentilidad que les puso el echisero»<sup>3</sup> Una realidad oculta que no se expresa. La dinámica cultural apuntó hacia un mestizaje donde la vigencia de lo aborígen se oculta y disimula.

Trasladada al campo de la escritura, la palabra se convierte en un instrumento del poder, alejándose aún más de la realidad. Surge así la «ciudad letrada», esa «pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales todos esos que manejaban la pluma...»<sup>4</sup> Situación paradójica por cuanto sus miembros se movían en una sociedad fundamentalmente analfabeta. Ciertamente: cumplían funciones administrativas y religiosas; pero la proliferación de su número tiene que ver con la sacralización del saber y la escritura. Como lo señaló tan claramente Manuel Vicente Villarán, en su ensayo sobre las profesiones liberales, el saber no estuvo vinculado al conocimiento de la sociedad o al perfeccionamiento o expresión de los individuos; el prestigio de la palabra escrita dependió de «la afición a la retórica y los versos, el fervor por la

<sup>2</sup> Alberto Flores Galindo, «Comunidades y doctrinas», en *Buscando un Inca*, Ed. Horizonte, Lima, 1988, p. 86.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Angel Rama, *op. cit.*, p. 25.

instrucción decorativa, la aplicación a los estudios universitarios y el amor a los títulos de bachiller y doctor»<sup>5</sup> Desde su fundación Lima destacó por «... la abundancia de personas que se sienten con vocación para escribir... los grados académicos tenían el carácter sagrado del culto»<sup>6</sup>

A poco de establecida San Marcos llega a tener 37 cátedras y mil doscientos alumnos. «La enfermedad de los diplomas». La educación colonial fomentó una actitud mágica hacia la palabra: «el buen decir» importa más de lo que efectivamente se dice, de ahí la importancia de la retórica y el formulismo; se cree, además, que la escritura tiene un poder instituyente; los textos moldean la realidad.

A fines del XVIII los miembros de la ciudad letrada simpatizan cada vez más con la ilustración y el liberalismo. El primer congreso constituyente está compuesto, en su abrumadora mayoría, por clérigos y abogados. No es casual que cayeran en lo que Basadre llamó «progresismo abstracto»<sup>7</sup>, la creencia de que bastaría transformar el ordenamiento legal para modificar la propia realidad. Así, apenas promulgada la Constitución, el congreso dispone que ella fuera anunciada a través de bandos en todas las ciudades de la nueva república. La expectativa era que el viejo orden habría de colapsar tan pronto como se anunciaran los derechos y las libertades. De la noche a la mañana, mediando el influjo de las propias leyes, vasallos y siervos se transformarían en libres ciudadanos. Como las trompetas que derribaron las murallas de Jericó.

El mundo colonial significaba el silencio del mundo andino, una realidad reprimida en sus posibilidades de revelación. También la locuacidad superficial del mundo criollo; es decir, la expresión secuestrada por la retórica. En ambos casos es grave el desencuentro entre la palabra y la vida. Pero desde muy atrás se inicia la lucha por

<sup>5</sup> Manuel Vicente Villarán, «Las profesiones liberales en el

*Ibid.*, pp. 308-309.

Perú», en *Páginas escogidas*, Talleres Villanueva, Lima, 1962, p. 308.

<sup>7</sup> Jorge Basadre, *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*, Ed. Huascarán, Lima, 1947.

reestablecer nuevamente el nexo. Un episodio de esa lucha es el peregrinaje de Juan Bustamante, fundador de la «Sociedad amigos de los indios» en los años 60 del siglo pasado. Casi en el inicio del camino que lo llevará al viejo mundo, partiendo de su Puno natal, el «inca» o el «viajero», como también fue llamado Bustamante, llega a Ollanta-tyambo. De inmediato lo maravilla el esplendor de las ruinas, situadas muy cerca del pueblo. Las visita acompañado de un «joven cicerone» «tan ponderativo como un italiano relatando el importe de las antigüedades de su país». Lo sorprende «la construcción de un arte perfecto ... sus piedras son grandes, están unidas y encarceladas con gusto, con esmero y con simetría». De regreso al poblado se topa con los oficiales de la guarnición allí acantonada. «¿Han visto el monumento? les pregunté yo, a lo que me respondieron con admirable gravedad: No». En una suerte de contrapropuesta los oficiales lo invitan a conocer «las dos horcas, que así llaman a los dos peñones desde donde sacrifican a los reos, despeñándolos»<sup>8</sup>. Bustamante fue sensible a la belleza de esas piedras, a su mensaje de vitalidad actualizado por su «joven cicerone». Los oficiales permanecieron sordos. Es probable que les resultara poco menos que imposible sentir que lo aborígen pudiera tener valor. Pero los abismos de donde arrojaban a la gente sí les parecían útiles y sorprendentes. Poco tiempo después, Bustamante es asesinado cuando encabezaba una rebelión indígena en Puno.

La lucha por la expresión, emanciparse del colonialismo. El intento por crear una expresión original es muy tardío en nuestra historia. La república aristocrática (1895-1919) y la oligarquía ni siquiera trataron. La modernización no rompió, sino más bien reforzó la inautenticidad de la vida pública, la distancia entre las palabras y la vida; lo público y lo privado. Habrá que esperar a la década del veinte, al empuje de las clases medias, para encontrar intentos sistemáticos. Mariátegui,

<sup>8</sup> Juan Bustamante, *Viaje al antiguo mundo*, Primer Festival del Libro Puneño, Lima, 1959, p. 48.

Vallejo, Arguedas. Los tres héroes culturales fundadores de nuestra modernidad. Sólo después de ellos podemos valorar, mirar, esos hermosos muros que muy pocos quisieron ver, y hablar de esas vivencias que las ideologías nos desalentaron de expresar.

El reencuentro de las palabras con la vida es demasiado reciente. Nuestra cultura está aún marcada por la escisión. Los resultados son múltiples y nefastos. La creencia en el poder mágico de la palabra escrita, por ejemplo, fundamenta el dogmatismo y la dificultad para reflexionar, para un diálogo fecundo entre lecturas e impresiones. La parálisis de la creatividad. Transcurrimos, con demasiada facilidad, de un dogmatismo a otro, consumimos ilusiones que nos terminan haciendo perder la fe.

Como profesor todo esto me ha llamado la atención. Los estudiantes desconfían de la expresión breve, sencilla y directa. Tienden a creer que hinchar los textos de palabras asegura un nivel científico. El clásico palabreo del examen de colegio es la retórica fatigosa de la monografía universitaria. Cuando Wittgenstein dice que «la filosofía es la lucha de la inteligencia contra el hechizo del lenguaje» nos propone una terapéutica en nuestra forma de pensar; es necesaria una nueva actitud frente al lenguaje. Emanciparnos de la retórica y el lugar común. Dudar de una acumulación de conocimientos teóricos que no enriquece la captación de la realidad. Damos cuenta de lo poco que usamos nuestra sensibilidad, de lo difícil que nos resulta conocernos y expresamos. Cuidado con la intimidad inaccesible y la hipertrofia de conceptos.

En mi *Racismo y mestizaje* he tratado de revelar(me) muchos de estos bajos fondos. Traté de escribir teniendo la vivencia en la mano izquierda y el lápiz en la derecha. De alguna manera: realizar un mestizaje: reintegrar las palabras y la vida. Ojalá este esfuerzo sea de algún valor.

Quiero concluir esta ya larga exposición reiterando mi agradecimiento a los amigos comentaristas y al público asistente. La presencia de ustedes me compromete-



te a seguir mi camino. Como hasta ahora: sin certezas, vacilando. Quizá un poco menos. También quiero mencionar a Maruja Martínez y Eduardo Cáceres, hacer público mi agradecimiento por la mezcla de simpatía y profesionalismo con que cuidaron el nacimiento de mi libro. Finalmente, me gustaría referirme a la gente que renueva mi precario aprendizaje de la confianza: a Florencia y a Javier, a Patricia y a Rómulo. Pedir disculpas por mis ausencias, pero sucede que si no pienso y escribo, me muero. Patricia Ruiz Bravo, a ti van dedicadas estas líneas, porque me diste el valor y la seguridad, porque contigo supe que el diálogo es posible, que tiene sentido la expresión.